

*¿Por qué vivir en el
pasado cuando el futuro
brinda una promesa?*



HISTORIAS DE PRIMAVERA

*Un Café en
compañía*

ALISON KENT

amazon crossing 

Un Café en compañía

Alison Kent

Traducción de Efrén del Valle

amazoncrossing 

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Título original: *The Second Chance Café*

Publicado originalmente por Montlake Romance, Estados Unidos, 2013

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Diciembre, 2015

Copyright © Edición original 2013 por Alison Kent
Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2015 traducida por Ñtona
Víctor Iguar, S.L. (Efrén del Valle)
Ilustración de cubierta por Run, Barcelona

ISBN: 9781503953437

www.apub.com

A Robyn Carr, por Virgin River, y a Barbara O'Neal, por The Lost Recipe for Happiness. Estos dos libros me devolvieron a mis raíces y a las historias que ansiaba contar. Gracias por hacerlo posible.

Índice

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Capítulo treinta y ocho](#)

[Capítulo treinta y nueve](#)

[Capítulo cuarenta](#)

[Capítulo cuarenta y uno](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la autora](#)

Capítulo uno

Estaba hecho.

Los documentos firmados. El dinero transferido. Lo de esperar que sobreviniera el desastre era cosa del pasado.

Después de semanas esperando noticias sobre su oferta, Kaylie Flynn era la orgullosa propietaria de una casa victoriana de tres plantas situada en media hectárea de robles y pintada del mismo azul que *La noche estrellada* de Van Gogh.

Era la casa en la que había pasado los mejores años de su vida. Era la casa que la había salvado. Envolvió las llaves con la mano; aquellos pequeños dientes parecían dibujar una sonrisa y miró hacia las ventanas que la arrastraban hacia dentro.

Los postigos serían lo primero que cambiaría. Varios listones estaban rotos, otros colgando y faltaban algunos. En su día habían sido blancos, pero la pintura estaba desportillada y había perdido su color. Un gris perla quedaría mucho mejor. O quizá el amarillo pálido de las estrellas de Van Gogh.

—Tienes las llaves, copia de los documentos pertinentes y mi número por si nos hemos olvidado de algo. Esta mañana hemos dado de alta todos los servicios. Tendrás que ponerlos a tu nombre, pero diría que ya está todo listo. ¿Se te ocurre algo más antes de que me vaya?

La agente inmobiliaria, Carolyn Parker, le recordaba a la Kaylie del instituto, pero Kaylie todavía no había logrado encajar todo el puzle de los recuerdos de su pasado.

—Lo siento. Estaba imaginándome los nuevos postigos, pero sí, creo que lo tengo todo.

—Me temo que no. Si quieres postigos nuevos, necesitarás un contratista.

—Necesitaré un contratista para muchas cosas más.

—Pues estás de enhorabuena, porque conozco al hombre perfecto. Estoy segura de que tengo su tarjeta por algún sitio —dijo Carolyn, cuya voz se perdía en las profundidades del bolso guateado que llevaba colgado del hombro.

Kaylie estaba acostumbrada a las mujeres profesionales que llevaban accesorios de diseño. El estampado de cachemir y elefantes rosas del bolso guateado le recordaba lo lejos que estaba Hope Springs, Texas, de Austin, una distancia que tenía poco que ver con los kilómetros y mucho con el regreso de Kaylie.

—Aquí tienes —dijo Carolyn al encontrar la tarjeta—. Para cualquier cosa que necesites arreglar o reemplazar, Ten es tu hombre. Es bastante particular, la verdad, pero es el mejor y su equipo sabe lo que se hace, aunque sean poco convencionales.

Tennessee Keller. Dos palabras y un número de teléfono. Toda la información que ofrece la tinta negra sobre una cartulina blanca.

Puso en cuarentena el comentario sobre la falta de convencionalidad, pues prefería juzgarlo por sí misma.

—¿Vive aquí, en Hope Springs?

Carolyn asintió y se apartó de un soplido un indomable rizo castaño que le colgaba entre los ojos. Kaylie había reparado en que Carolyn siempre andaba resoplando, apartando, recolocando, como si estuviera tan acostumbrada a hacerlo con sus gemelos de dos años que no podía parar de adecentar las cosas.

—Hará cosa de siete años, ocho tal vez. El verano que Wade y yo empezamos a salir, le arregló el porche trasero, así que debe de hacer. . . Vaya, más bien diez años.

Hace diez años, Kaylie había abandonado Hope Springs y se había marchado a Austin. Su marcha había coincidido con la llegada de Tennessee Keller. Tras una década de trabajo en aquella región, Tennessee debía de contar con muchísimas referencias. Aparcó también ese pensamiento y se guardó la tarjeta en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Gracias. Supongo que por el momento haré eso —se pasó las llaves de la mano derecha a la izquierda para estrechar la de Carolyn—. Te agradezco mucho que hayas intercedido por mí con los Coleman.

—¡Por favor! ¿Cómo iban a decir que no tal como está la economía? ¡Y pagas en efectivo! Ya sé que no es cosa mía, pero ¡en efectivo!

El asesor fiscal de Kaylie había mostrado la misma incredulidad, pero ella no iba a dejarse convencer. Pagar en efectivo significaba que la casa sería suya. El césped, los árboles, los recuerdos. El dormitorio. La cocina.

Sobre todo la cocina.

Deslizó las yemas de los dedos en el bolsillo donde guardaba la tarjeta y toqueteó el borde. Tenía grandes planes para la cocina. Y, lo que era aún mejor, ahora contaba con los fondos necesarios para materializarlos.

—Sé que parece una locura, pero era lo correcto.

—Bueno, es tu dinero. Supongo que eres tú la que mejor sabe dónde invertirlo. Escucha —Carolyn volvía a hablarle al bolso—, rara vez tenemos problemas con vagabundos o robos, pero los Coleman estaban tan ocupados cuidando de los padres de Bob en Wichita Falls que la casa quedó en un segundo plano. La policía ha tenido que echar a okupas ilegales un par de veces.

Le entregó otra tarjeta de la que Kaylie supuso que era su colección de tarjetas de empresas de la zona. Aquella llevaba impreso el sello oficial del departamento de policía de Hope Springs.

—Siempre puedes llamar al 911, pero esta es la línea directa de Alva Bean cuando está de servicio. Si necesitas que venga un agente, lo tendrás aquí enseguida.

—Gracias, te lo agradezco mucho —la tarjeta fue a parar al mismo sitio que la del contratista—. ¡Un segundo, se me olvidaba una cosa! ¿Sabes por casualidad a qué hora cierran las oficinas del periódico hoy?

Carolyn levantó la mano para resguardarse los ojos del sol que se abría paso entre las ramas de los robles plantados en la acera.

—Es viernes, así que diría que a las tres, pero no estoy segura, porque la que se encarga de nuestros anuncios en el periódico es una chica del instituto que trabaja con nosotros.

—Gracias —Kaylie quería poner un anuncio en la siguiente edición semanal, pero antes tenía que sacar a *Maggoo* del Jeep—. ¿Te apetece que comamos un día de estos? Invito yo.

—¡Caray! ¿Comer sin veinte deditos gorditos toqueteando toda la comida de mi plato? ¡Cuenta con ello!

Sin ningún gesto de despedida, Carolyn se dio media vuelta y se dirigió hacia su monovolumen, aparcado en paralelo en el arcén, golpeteando en la acera con sus cómodos zapatos planos.

Kaylie esperó a que la otra mujer girase por la calle 2 y se dirigió al camino de entrada a la casa que partía de la avenida Company, atravesando la hierba alta.

—¡Eh, Goo! ¿Listo para inspeccionar tus nuevos aposentos?

Un perro pastor mestizo de dos años apoyó las patas en la puerta del coche y, con la lengua colgando, se impulsó hasta sacar medio cuerpo por la ventanilla. Kaylie se dio una palmada en el muslo y cuarenta kilos de perro cruzaron el aire para aterrizar a sus pies.

Kaylie lo rascó entre las orejas y rodeó el coche para tomar el cuenco del agua que le había dejado debajo del

asiento del copiloto. El perro trotó tras ella hacia el pasaje techado que unía el garaje a la casa.

La puerta daba a un vestíbulo que se abría a la cocina con la que llevaba diez años soñando. Llenó el cuenco en el grifo del fregadero y lo dejó junto a la puerta antes de tomarse unos momentos para contemplarlo todo.

No sabía por dónde empezar: la isla de metro ochenta con cocina, encimera y un segundo fregadero para preparar la comida; la despensa independiente con unos estantes tan altos y profundos que se podrían almacenar en ellos los suministros de un pelotón; el linóleo con marcas de derrapes de suelas de goma y arañazos causados al caerse un batidor del robot de cocina y manchas del colorante alimentario para una tarta *red velvet*. . .

Kaylie se rodeó el torso con los brazos, recordando lo patosa que era a los doce años. Tantas botellitas minúsculas, el pringue en los dedos y la puntera de los zapatos, las gotitas, salpicadas como sangre que cae de un cuchillo al suelo. Había estropeado un estropajo recién comprado, desperdiciado medio rollo de papel de cocina y ni por esas había logrado eliminar todo rastro del colorante derramado. ¡Tenía tantas ganas de sorprender a May Wise! Pero a su madre de acogida no le había preocupado tanto su propio cumpleaños —ni el desbarajuste de la cocina— como para enterarse, entre los sollozos de la confesión de Kaylie, de que la niña conocía bien las heridas que causa un cuchillo.

Kaylie se moría de ganas de poner suelos de madera noble o mármol italiano, pero sus planes requerían un tipo de suelo comercial: duradero, antideslizante, resistente al fuego y a las manchas y necesitado de pocos cuidados. El menú del día de los almuerzos que ofrecería de doce a dos sería sencillo, en autoservicio y autopago. Ensalada, pan, segundo plato y postre. El pago, en efectivo, se depositaría en una caja de puros situada junto a la puerta del comedor.

La especialidad de Kaylie era el sector empresarial (además de los *brownies*), no hornear ella misma los panes que había visto salir de aquella cocina durante los ocho años que había vivido en la casa; tampoco crearía ella los platos sustanciosos que pensaba servir, igual que había hecho May Wise con aquellos a quienes había cuidado. El éxito del café Two Owls dependería de encontrar un cocinero capaz de diferenciar la lechuga hoja de roble de la romana, el gouda del feta y el parmesano del gruyer, los tallarines al huevo de los de arroz y los espaguetis de la sémola. Lo primero era contratar a la persona adecuada.

Aquel plan no había salido de la nada. El Malina's Diner era el único restaurante de Hope Springs. Max Malina regentaba un floreciente establecimiento de desayunos, pero cerraba a las diez, una vez pasada la hora punta, y volvía a abrir a las cuatro para las cenas, lo que dejaba un hueco de seis horas en el que quien quisiera comer caliente tenía que cocinar o salir del pueblo. Kaylie se había informado: los restaurantes de franquicias de la interestatal estaban tan llenos a mediodía como el de Max a primera hora de la mañana.

El café Two Owls ofrecería una alternativa a las sopas y los sándwiches, las hamburguesas y las patatas fritas, pero, sobre todo, ofrecería un lugar en el que los amigos podrían comer y charlar de sus proyectos, de cómo iban creciendo sus hijos, de música, libros y cine, de sus recetas favoritas o intercambiar consejos de jardinería. Para Kaylie, su negocio sería un oasis, con un menú escueto, es verdad, pero la esencia de aquella casa siempre había residido en alimentar a sus habitantes con un montón de cosas que no eran comida.

Miró a *Magoo*, que pasaba olisqueando y resoplando junto a los rodapiés de la cocina, con la cola alta, las orejas erguidas y el hocico trabajando de lo lindo.

—¿Qué te parece, *Goo*? «Se necesita carnicero, panadero, fabricante de candelabros.»

Magoo respondió moviendo la cola una sola vez con aire distraído, se marchó al comedor y dejó a Kaylie sola en la cocina. Aquel cuarto, más que ningún otro, había sido el lugar donde había hecho las paces con la vida que había perdido y con la que se le había ofrecido a cambio.

De lo que no había sido capaz, sin embargo, era de reconciliar las imágenes grabadas en su mente de niña de cinco años: su madre cubierta de sangre y tendida en el suelo de otra cocina. El abrazo de su vecino, Ernest, alrededor de su cuerpecillo estremecido y sus lágrimas cuando se la llevaron las autoridades. Su padre se había esfumado.

Necesitaba conocer la historia completa y lo único que le proporcionaría las fuerzas necesarias para soportar la verdad sería la protección de la casa que la había salvado.



Tras carretear las pocas pertenencias que había traído consigo al dormitorio de la segunda planta, Kaylie llamó a Magoo y ambos subieron al Jeep. Eran casi las tres de la tarde y, si Carolyn no se equivocaba, el *Hope Springs Courant* estaba a punto de cerrar. Antes de perderse en la casa durante horas —la casa no, su casa—, midiendo ventanas y habitaciones, esbozando la posible distribución de los muebles, tomando nota de cuáles eran las reformas necesarias más evidentes, tenía que acercarse al pueblo.

Kaylie aparcó en batería frente al pequeño edificio cuadrado y achaparrado de la calle 5, con la oficina de correos a la izquierda y el supermercado Dollar General haciendo esquina. Tras ordenar a Magoo que se estuviera quieto, abrió la puerta de las oficinas del periódico y entró en una sala de techo bajo que no traía a la mente titulares urgentes sino más bien anuncios de mercadillos y ofertas del supermercado.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarla?

Kaylie se volvió hacia la mujer que había surgido del cubículo más cercano, cuyas paredes estaban decoradas con fotografías de colegio e instantáneas familiares clavadas con chinchetas.

—Quería poner un anuncio por palabras.

—¡Cómo no, guapa! Ahora le traigo un formulario — con una mano apoyada en el mostrador, se inclinó para rebuscar entre las cosas que almacenaba debajo. Tamborileaba con unas uñas cortas pintadas de un rosa anaranjado vivo, a juego con el lápiz de labios. Chocaba que fuera tan llamativo, pues no llevaba más maquillaje, pero lo cierto es que le sentaba de maravilla—. Aquí tiene: un lápiz y el formulario. Ponga su nombre, dirección, número de teléfono y luego el anuncio tal como quiere que aparezca en el periódico. Mejor escriba en mayúsculas, así se producen menos errores al pasar los datos.

Mientras Kaylie iba escribiendo, la otra mujer le explicó los precios, la tirada del periódico y la distribución.

—Puede pagar por hasta cuatro semanas de publicación juntas o una sola y avisarnos antes de la fecha límite de la semana siguiente si quiere que se vuelva a publicar.

—Si le parece bien, comenzaremos con dos semanas. Ya veremos lo que hacemos cuando empiece a recibir respuestas.

—Pues entonces ponga una cruz aquí —dijo la mujer, señalando una casilla de la parte del formulario destinada *A rellenar por el periódico* y frunciendo el ceño al empezar a leerlo—. ¿Su dirección es la esquina de la calle 2 con la avenida Company? ¿Ha comprado la casa de los Coleman?

—En mis tiempos era la casa de los Wise, pero sí, la he comprado.

—La casa de los Wise —la arruga del ceño se hizo más profunda, socavando una uve entre las espesas cejas de la mujer—. ¿Entonces conocía a May y Winton Wise? ¿Es una